

EL SABOTAJE

A las 10:35 de la mañana el rótulo de la farmacia marca 13 grados de temperatura. Estar acostumbrada a una climatología más sureña hace que agradezca entrar en la cafetería donde me he citado con Ramón Mairal, que ya espera sentado al fondo de la sala. Un fuerte apretón de manos, acompañado de una sonrisa que se adivina tras los pelos de su espeso bigote, me invitan a tomar asiento.

- Muchas gracias por acudir tan pronto a nuestra llamada. No sabíamos ya a quien acudir y vemos que el tiempo se nos echa encima. – Dice mientras se acaricia con la mano una incipiente calva.

- Bueno, cuénteme en qué situación nos encontramos – Le digo sacando mi libreta del bolso.

- El pasado lunes recibimos una carta sin remite en la Peña Ciclista Edelweiss instándonos a desconvocar la carrera de este año bajo amenaza de que suceda una catástrofe, a no ser que se prohíba la participación de ciclistas profesionales.

- ¿Y es la primera vez que reciben una carta así?

- Sí. Y es por eso mismo por lo que la policía ha restado importancia al suceso y nos hemos visto obligados a contratar sus servicios. La participación en esta carrera de profesionales del deporte lleva unos años provocando cierta polémica en el mundo del cicloturismo. Siempre han existido diferentes opiniones, pero nunca había llegado a tal extremo.-

- ¿Sospechan de alguien en particular?

- Eh... no, no, nadie- Dice titubeando. El iris de sus ojos se concentra en el cristal de la ventana que ilumina la mesa rehuendo mi mirada.

- No se preocupe, Ramón. Esta conversación quedará entre nosotros. Necesito conocer sus sospechas para estructurar la investigación.

Se mantiene en silencio con la mirada perdida. Desde donde me encuentro puedo percibir el sonido de las neuronas de su córtex frontal decidiéndose. Gira la cabeza hacia mí y hace una pequeña mueca que muestra una sonrisa forzada.

- No sé si llamarlos sospechosos, pero sí es cierto que tres integrantes de nuestra peña han abandonado la asociación por discrepancias en este sentido. Ellos abogaban por limitar la participación a personas no profesionales. Abandonaron la peña cuando tras someter la decisión a votación, hubo mayoría de votos en contra. Puedo facilitarles sus nombres y direcciones si precisa hablar con ellos.

Me despido de Ramón y salgo de la cafetería intentando organizar mis ideas. Dentro de 6 días dará comienzo la marcha cicloturista conocida como la quebrantahuesos y necesito dar con el autor de la carta que guardo en el bolsillo trasero de mis vaqueros. En la carta sólo aparecen las marcas del prefranqueo y el matasellos de la ciudad de Huesca. A simple vista no encuentro nada en el sobre que me dé una pista de por dónde puedo comenzar, así que me dirijo a la oficina de correos de Sabiñánigo y pregunto por el cartero responsable del reparto. Se encuentra embarriando la correspondencia de su zona así que le espero a la salida. Amablemente me atiende y examina la carta que le doy.

- Esta carta se ha podido enviar desde cualquier localidad de la provincia, que esté matasellado en Huesca no significa que se haya sido depositada allí.- responde muy cordial.

Saco del bolso mi libreta donde están garabateadas las identidades facilitadas por Ramón y me dirijo a la primera dirección que aparece: José Lacasta. Llego al portal de la vivienda pero nadie responde a la llamada. Una vecina que se encuentra sacudiendo una pequeña alfombra en la ventana me indica que José puede encontrarse en su trabajo. Es el dueño una tienda de compra-venta y reparación de bicicletas.

Al llegar al establecimiento un fuerte olor a desinfectantes invade mi nariz, pero me acostumbro a los pocos segundos. El sitio se compone de dos salas, aunque desde la entrada sólo percibo la primera, en ésta se encuentran, como murciélagos dormidos esperando al luz, todas las bicicletas a la venta, tanto las nuevas como las de segunda mano.

- Buenos días, busco al señor Lacasta. ¿es usted?
- No. Yo soy su socio, a Pepe lo podrá encontrar tras esa puerta de enfrente – dice el hombre, de unos veintinueve años, tras un mostrador lleno de papeles.

Al cruzar la puerta observo una sala menos cuidada que la anterior llena de horquillas en el suelo, bielas y platos en armarios sin puerta, y un sinfín de piezas de bicicletas, como si de una autopsia mecánica se tratara.

Un señor de mediana edad, con mono azul puesto, está sumido en su trabajo.

- ¿Es usted el señor Lacasta? - Pregunto, después de cerrar la puerta suavemente para no asustarle.
- Buenos días – dice, mientras coge un pañuelo grasiento y se limpia las manos. -
- Estaba cambiando el eje del pedalier de mi bicicleta, últimamente no tenemos muchos clientes a los que atender, ¿qué desea?
- Soy detective privado y quería preguntarle sobre su marcha de la asociación de ciclismo Edelweiss.
- Ah! Eso. Quería dedicarme un poco más a mi negocio y la disparidad de ideas sobre la inclusión de corredores profesionales me dio la excusa perfecta. No es que me importe quién deba correr o no. ¿Puedo preguntar a qué viene el interés?

Justo en el momento de explicárselo los dos nos quedamos en silencio porque justo entonces la antigua radio que tiene sobre un taburete anuncia que ha llegado una carta anónima a una sociedad deportiva oscense: Un posible atentado en la carrera popular

Quebrantahuesos y muchos de los corredores profesionales ya han anunciado su retirada de la misma.

Mi cabeza comienza a funcionar a marchas forzadas, una explicación posible sería que el mismo difusor de la carta a Ramón sea el responsable de haberlo filtrado a la prensa y así conseguir lo que pretendía en la misiva sin necesidad de preparar un atentado.

En mi paseo en busca del segundo sospechoso, las calles de Sabiñánigo se desperezan y empiezan a tener un ambiente alegre con niños jugando a la pelota.

Me encamino a la tienda de ultramarinos donde trabaja Esther, una empleada que pertenecía a la asociación ciclista y que lo dejó pocos días antes de que Ramón me contratase para la investigación para seguir indagando. Me acerco a una señora mayor que anda colocando detergentes en las estanterías de la tienda.

- ¿Puedo hablar con Esther?
- Sí, es mi hija, ¿quién pregunta?
- Soy una detective encargada de un caso de la peña Edelweiss donde estuvo inscrita su hija.
- ¿Es por el tema de la carta? – pregunta la señora después de decirme que también lo había escuchado en la radio.
- Exactamente – respondí yo con un pequeño cabreo por la difusión de toda la información en los medios de comunicación.
- Mi hija Esther está en el otro lado de la tienda, empaquetando.

Cruzo la tienda y me dirijo a la chica que está de rodillas y le pongo al tanto de lo que hace unos minutos le he dicho a su madre.

- Yo me fui de la asociación porque voy a tener un hijo y no puedo acarrear con más gastos, está la cosa muy mal y quiero centrarme en ayudar a mi madre. Yo era partidaria de las carreras populares, pero, si le digo la verdad, francamente,

tampoco me parece mal que corran una vez al año gente profesional, esto también ayuda a que haya patrocinadores e inviertan algo de dinero en la carrera y la asociación puede seguir creciendo. Pero ya le digo, ya no pertenezco a ella, así que no tengo ni voz ni voto.

Las palabras de Esther sonaron sinceras y no había ningún motivo para que ella pudiese haber planificado todo el revuelo.

A la salida de la tienda de ultramarinos, me dirijo a la oficina del otro sospechoso, Ángel Mayayo, encargado de una carnicería.

A mi entrada, una persona de unos cincuenta años está despachando al último cliente antes de cerrar para irse a comer.

- Querría hablar con Ángel Mayayo – afirmo mientras compruebo que mi bolígrafo y la libreta siguen en el bolso de ante.
- Hola, soy yo, pero ya no atiendo porque es la hora de cerrar.
- Disculpe, no quiero comprar nada, simplemente pretendía hacerle una pregunta.
- ¿Qué clase de pregunta y por qué?
- Mire, soy detective privada y quería preguntarle sobre su dimisión de la asociación ciclista Edelweiss...

Antes de seguir con mi explicación, su rostro palidece.

- Acabo de ver en TeleAragón, dice señalando la televisión, el anuncio de atentado en la Quebrantahuesos. Me parece increíble.
- ¿Está usted de acuerdo con la incursión de corredores profesionales? – le interrumpo en mi afán de tranquilizarle.
- No, pero no soy una persona capaz montar todo este follón por eso. Me fui de la asociación porque algunos compañeros no entendían mi postura sobre la definición de una carrera popular – comentó Ángel de forma sincera cerrando la

puerta de su establecimiento por dentro y girando el cartel de cierre pegado en el cristal de la puerta -.

- ¿Algún compañero suyo era más activo en la causa?
- Sí. El mismo presidente de la asociación, Ramón Mairal, es uno de los más defensores de la causa, no quería que corriesen ciclistas federados, su idea era algo más amateur, con una intención de que los ciclistas disfrutaran del ambiente y quitar algo de competición.
- Muchas gracias señor Mayayo, me ha servido de gran ayuda.

Durante el discurso de Ángel, pude confirmar mi idea de que Ramón seguía siendo uno de los más interesados en disuadir a los corredores profesionales, y me afianzó en la idea de que un sabotaje podía ser su objetivo para conseguirlo

Había quedado con Ramón Mairal en la misma cafetería que hacía unas horas.

- ¿Ha descubierto algo detective? – dijo sin dejar casi tiempo a que me sentara.
- La verdad es que sí. Pienso que usted se mandó a sí mismo la carta para tener una coartada y que avisó a los medios de comunicación después de hablar conmigo esta mañana.
- Ramón baja la mirada y se sonroja inesperadamente, mueve la mano de forma nerviosa sin decir una palabra.
- ¿Es así, señor Mairal? – pregunto incorporándome en la silla para conseguir un efecto de presión y cercanía.
- Tiene usted razón. La única forma de conseguir que este año no corriesen los ciclistas profesionales era anunciar un posible atentado en la Quebrantahuesos.

- No se da cuenta, señor Mairal, que hay otros métodos más dialécticos para conseguir sus propósitos, además, creo que lo bonito de una carrera ciclista tan bonita como ésta es la disparidad de gente que corre. El que quiera ir a competir que vaya y el que quiera ir a disfrutarla lo mismo.

En conclusión, mi comentario tuvo un efecto positivo sobre Ramón. Me dijo que estaba en lo cierto y que quizás se había excedido en los medios para conseguir sus fines.

También le hice entrar en razón sobre la tolerancia y el disfrute de las carreras ciclistas como forma de pasar un buen rato compitiendo o no.

Pasados seis días, toda la avenida del Ejército en Sabiñánigo estaba abarrotada de corredores dispuestos a pasar unas horas con sus bicicletas. Todo tipo de corredores estaban esperando a la salida. Era un día con sol pero con un poco de brisa, el día perfecto para una carrera cicloturista por la bonita tierra oscense.